



Relaciones de fuerzas, momento objetivo, superpoblación. A propósito de Juan Carlos Marín

Relations of Force, the Objective Moment, and Relative Surplus Population:

On Juan Carlos Marín

Ricardo Donaire*

DOI: 10.62174/cs.11320

ARK CAICYT:

<https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18522262/cbsayxx80>

Recibido: 6 de mayo de 2026

Aceptado: 21 de mayo de 2026

Resumen: El artículo retoma los aportes de Juan Carlos Marín para analizar el momento objetivo de las relaciones de fuerzas en términos de ruptura y producción de relaciones sociales. Sostiene que el movimiento propio del capitalismo produce una alteración constante del orden de esas relaciones y que, en el largo plazo, se impone la generación de superpoblación relativa. Sin embargo, sobre la condición del expropiado como obrero libre se construye un reticulado de estadística laboral que obstaculiza la observación de esta tendencia: sus variaciones aparecen entonces como contingencias históricas o geográficas, o como desvíos respecto de una norma, actualmente bajo las figuras de informalidad y atipicidad. Frente a ello, el artículo propone leer esas formas como expresión de relaciones producidas a partir de rupturas objetivas que bien pueden indicar un proceso de descomposición capitalista.

Palabras clave: Fuerza social, Superpoblación relativa, Estadística laboral.

Abstract: This article draws on the contributions of Juan Carlos Marín to analyze the objective moment of relations of forces in terms of rupture and the production of social relations. It argues that the movement intrinsic to capitalism produces a constant alteration in the order of those relations and that, in the long run, the generation of relative surplus population tends to prevail. However, upon the condition of the expropriated as a free worker, a framework of labor statistics is constructed that obstructs the observation of this tendency: its variations thus appear as historical or geographical contingencies, or as deviations from a norm, currently under the forms of informality and non-standard employment. In contrast, the article proposes reading these forms as expressions of relations produced through objective ruptures that may well indicate a process of capitalist decomposition.

* Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA) y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. ORCID N° 0009-0002-7696-7317. ricdonaire@gmail.com

Keywords: Relations of force, Relative surplus population, Labor statistics

“Una realidad rebelde...”

Todo análisis de una relación de fuerzas sociales supone necesariamente la lectura de sus distintos momentos: objetivo, político y potencialmente militar. El momento objetivo remite a aquella esfera en la cual los seres humanos establecen relaciones materiales independientes de su voluntad, más estrechamente ligada a la estructura, una “realidad rebelde” (Gramsci, 1997:56).

Marín nos advierte sobre el obstáculo epistemológico que supone entender la relación de fuerzas como una “medición pasiva” si se soslaya el momento de la confrontación, constitutivo de las fuerzas (Marín, 1995: 30). Este es un riesgo grande, Gramsci mismo remite a elementos cuantificables, tales como la cantidad de fábricas, de ciudades, de obreros, posibles de ser medibles según los parámetros de las ciencias naturales o físicas –hoy diríamos de los sistemas estadísticos- desde los cuales es fácil derivar hacia una medición pasiva, perdiendo de vista esa realidad que en su rebelión material es constitutiva de las fuerzas sociales.

La advertencia de Marín plantea un desafío: si la confrontación refiere a la defensa de una relación social vulnerada, esa defensa nos desplaza ya hacia el momento político (y potencialmente militar) de la relación de fuerzas. Lo propio del momento objetivo no es entonces la defensa, sino la vulneración misma: la ruptura de determinadas relaciones entre cuerpos y cosas, la expropiación de medios de vida y de trabajo respecto de sus productores.

Una vez impuesta la ruptura y establecido un nuevo orden, no desaparece la fuerza por ello: se sigue desplegando ahora bajo la forma de la “paz”, como relaciones meramente económicas (Marín, 1992: 65). Pero al propio movimiento del capital se le impone objetivamente la necesidad de una producción recurrente de nuevas rupturas y la alteración renovada de cuerpos y cosas en nuevas disposiciones para la producción de mayor plusvalor (Marín, 1984: 15 y ss.). En este sentido, la burguesía se encuentra táctica y materialmente en disposición de ataque constante. Ataque y ruptura de relaciones, aunque se presenten como no violentos y pacíficos y no sean respondidos con una defensa, son los operadores conceptuales para el análisis de fuerzas objetivas en términos de confrontación.





El cuerpo proletario que llega a la fábrica para ser disciplinadamente explotado es el mismo cuerpo que también dócilmente puede ser despedido. Ambos movimientos expresan la atracción y repulsión “pacífica” entre cuerpos y cosas que caracterizan la dinámica del capital. Que los obreros confronten con su explotación efectiva o con su disponibilidad para ella, ya marca el pasaje al momento político. Lo que nos interesa aquí es el proceso que se desenvuelve como si fuera ajeno a la lucha: la alteración objetiva de relaciones que puede producirse sin ser respondida como enfrentamiento y que, sin embargo, realiza una relación de fuerza (Marín, 1995: 51).

Estas rupturas quedan encapsuladas en el campo de lo económico. La atracción y repulsión de población, basadas en la disponibilidad permanente de los expropiados para ser reordenados en la producción de valor, pueden así fácilmente presentarse como simples transacciones pacíficas y resumirse en datos estadísticos aparentemente inertes y pasivos, que siguen las tranquilas alternativas de la variación numérica, de la cantidad de obreros, de fábricas o de ciudades.

“...medible con los parámetros de la ciencias naturales o físicas”

¿Cuál es la forma dominante para la lectura de estos procesos de atracción y repulsión de población en las ciencias sociales contemporáneas? A través de un sistema de categorías estadísticas que intenta clasificar los “estados” de un cuerpo en relación a su voluntad de relacionarse con el mercado de trabajo, según busque encontrarse con él (desocupado), no participe de esa búsqueda (inactivo) o que finalmente lo logre (ocupado). Basta traspasar el exiguo límite de una hora de trabajo semanal pasible de retribución para que el estado de un cuerpo sea considerado ocupado (OIT, 2015).

No deja de ser pasmoso cómo este sistema de categorías se presenta esterilizado de todo rastro de ejercicio de poder. Los movimientos materiales de atracción y repulsión por parte del capital, preñados de violencia, aparecen traspuestos como actos voluntarios y pacíficos del obrero, según decida buscar activamente trabajo, desista de la búsqueda o finalmente acepte las condiciones con las que otra voluntad le ofrezca conchabarlo.

Este reticulado está tan naturalizado en las ciencias sociales que organiza nuestra propia mirada de la estructura social. La “ocupación” opera como categoría metodológica central y, al mismo tiempo, como una más

de las formas fetichizadas de lectura del vínculo entre población y acumulación de capital (Marín, 1995: 20). No conocemos directamente el proceso de atracción y repulsión, sino sus efectos codificados en estados de actividad que presuponen que cada cual encuentra su lugar en la división del trabajo y que quien no lo tiene es porque no lo busca o porque no lo ha conseguido.

Sobre esta mirada se construye la imagen de la atracción y repulsión como movimientos meramente alternativos, sucesivos y cíclicos. Sin embargo, sabemos que en el largo plazo el capitalismo impone el movimiento de repulsión. La acumulación capitalista no sólo tiende a expropiar a los productores de sus medios de vida y de trabajo; también destruye tendencialmente la posibilidad de que ese encuentro se produzca de manera regular. En este ataque constante y siempre renovado surge la superpoblación relativa como genuina condición y efecto de la acumulación capitalista.

La caracterización de la población obrera sobrante y su movimiento son así esenciales para el análisis del momento objetivo de las relaciones de fuerza. Sin embargo, la estadística oficial nos presenta una serie de barreras para su medición, no meramente operativas, sino epistemológicas. Sobre esta cuestión trata este texto.

La ocupación como normalidad

El modo de producción capitalista constituye al obrero libre, que expropiado de sus condiciones, queda disponible para la atracción y repulsión hacia y desde la actividad productiva que determina la acumulación capitalista (Marx, 2009: 892, 759 y ss.). Sobre el movimiento de atracción se construye el proceso de apropiación, del consumo productivo de los cuerpos. Sobre el movimiento de repulsión, su disponibilidad como expropiados para ser eventualmente consumidos. La acumulación de capital puede ser leída así como acumulación de cuerpos (de cuerpos a través de cosas) disponibles para ser consumidos productivamente (Marín, 2009: 62). Pero en tanto atracción y repulsión no son movimientos compensados, esa acumulación no debe ser entendida exclusivamente en términos de cuerpos efectivamente atraídos a la producción y explotados, sino de proletarios en disponibilidad, de cuerpos que aunque igualmente expropiados, no necesariamente serán consumidos productivamente. Más aún, la novedad histórica que aporta el propio capitalismo como modo productivo es que pone al conjunto de la clase de los productores como virtual-





mente sobrante y a una parte de ellos efectivamente como tal (Marx, 1997: 115).

En la independencia del obrero respecto de sus condiciones de existencia se funda su libre voluntad para la venta de fuerza de trabajo, voluntad sobre la cual, como hemos visto, se construye el sistema de nociones articulado en torno de la “ocupación” como constructo estadístico. Pero recortadas en su voluntad, atracción y repulsión aparecen como intercambios libres en el mercado, como simple compra-venta de fuerza de trabajo. Sólo podemos ver los movimientos de atracción y repulsión a través de los efectos manifestados por los individuos, bajo la forma distorsionada de los diferentes “estados” de la actividad adjudicada a los cuerpos. Esta lectura no es inocua, especialmente para quienes terminan constituyendo parte de la superpoblación relativa.

Puede darse que un mismo individuo modifique su “estado” aún sin que cambie su condición social. Si un obrero despedido una semana busca trabajo será considerado desocupado, si a la siguiente se desalentó y ya no buscó será inactivo, si la próxima encontró una changa mínima y eventual para un particular pasará a ser un ocupado. Basta que varíe la semana en que el encuestador se cruce en su camino para que el mismo expropiado que sigue permaneciendo repelido por el capital alterne entre estados. Cambia su voluntad, permanece su condición. Será suficiente alguna señal de búsqueda laboral para que se puedan detectar síntomas de actividad en su cuerpo y bastará que encuentre rebusque para constatar signos de ocupación. Recordemos que la unidad mínima para registrar evidencias de ocupación es una hora semanal. Ya solo bajo este parámetro queda abierta la posibilidad de que toda una masa de brazos repelidos pero ocasional o parcialmente empleados entre a ser considerada como parte de los ocupados.

De esta manera, el estado de ocupado detenta el lugar central en el sistema. No sólo porque instrumentalmente se partirá de que el individuo es ocupado hasta que de alguna manera demuestre lo contrario, sino porque las restantes categorías, quedarán constituidas residualmente en contraste con ella (des-ocupado e in-activo). Esto a su vez tiende a naturalizar la atracción como la condición normal y a la repulsión como la situación excepcional.

“Un inventario de mosquetes”

Bajo las anteojeras de los “estados”, toda esta trayectoria queda invisibilizada. En parte de esta manera podemos explicarnos que la tasa de desocupación haya permanecido relativamente estable oscilando entre un 4,9 y un 6,6% desde 1991, año a partir del cual OIT presenta una serie mundial (ILOSTAT, 2026). La tasa ha fluctuado en torno a un margen de poco más de un punto y medio en esas más de tres décadas en las que no faltaron motivos de sobresalto: desde la restauración capitalista en los países soviéticos y el este europeo, la crisis financiera global de comienzos de siglo o la recesión que acompañó la pandemia, por solo nombrar algunos fenómenos de alto impacto en el mercado mundial.

Esto no deja de plantear problemas aún en sus propios términos. Un estudio de referencia sobre EEUU (Blanflower, 2019), intenta dar respuesta a por qué la tasa de desocupación puede dar una imagen de “pleno empleo” que mal refleja la “salud” del actual mercado laboral. Lleva en su título la expresión “not working” y supone un juego de palabras difícil de traducir que sintetiza una doble connotación: la contradicción entre una multitud “sin trabajo” y un índice de desocupación que “no funciona” para dar cuenta de ella. Para ilustrar hasta qué punto se habría vuelto un indicador tan poco fiable y hasta obsoleto, recupera una imagen que la asimila a un “índice antiguo ideado para alguna guerra anterior y cada vez más lejana: el equivalente económico de un inventario de mosquetes o un recuento de caballería” (16, traducción propia).

Su atención está puesta en que, a pesar de su rango de movimiento más amplio y su techo más alto que en el período de la posguerra, y luego de haber rozado el 10% en 2010 (pico que no ocurría desde 1982), fue descendiendo rápidamente y, exceptuando un nuevo incremento abrupto en la pandemia de 2020, ha perforado el piso del 4% en varias oportunidades desde 2018, lo que no ocurría desde 1969.





Gráfico I: Tasa de desempleo. EEUU 1947-2024

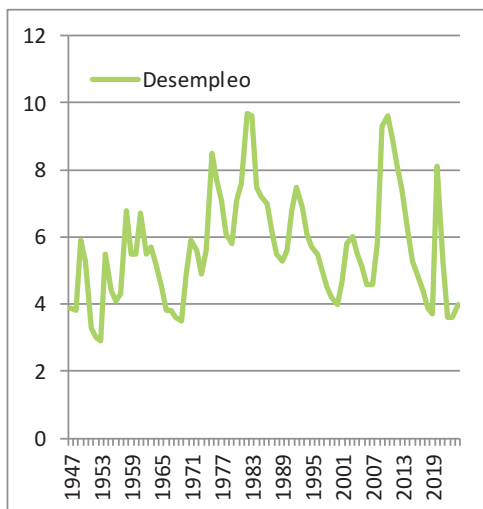
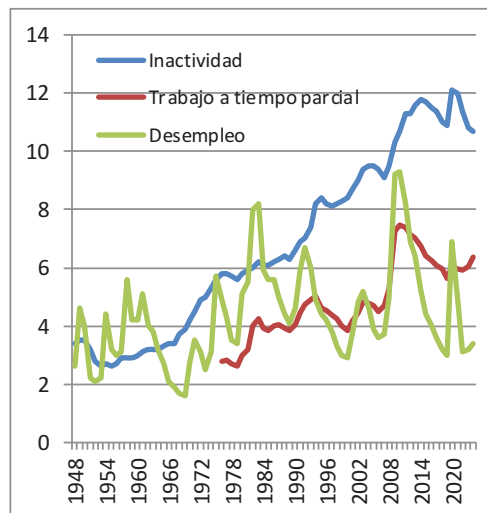


Gráfico II: Inactividad, trabajo a tiempo parcial y desempleo. Hombres, 25-54 años. EEUU, 1948-2024



Fuente: Elaboración propia en base a OIT-ILOSTAT y OECD-Data Explorer.

Esta cuestión encuentra explicación tanto dentro como por fuera del universo de los ocupados. Especialmente se centra en los hombres de 25 a 54 años, a los que se considera como referencia para el contraste con la etapa previa de “pleno empleo” de mediados de siglo XX. Si observamos la tasa de desocupación en 2024 entre este grupo también es baja, aun luego de fuertes oscilaciones previas. Sin embargo, este resultado se produce sobre el trasfondo de transformaciones más profundas: un aumento tendencial de la proporción de varones en edad laboral que van quedando como inactivos por fuera del mercado de trabajo y una expansión persistente del empleo a tiempo parcial.

En 2024, año de desocupación baja (3,4%), los ocupados a tiempo parcial eran casi el doble (6,4%) y los inactivos, más del triple (10,7%). Los porcentajes no son inmediatamente sumables porque cada indicador supone diferentes denominadores. Si los unificamos, en ese año de “pleno empleo”, casi una quinta parte (19,3%) de los varones de 25-54 años estaba parado completamente o a medias. Bajo estas condiciones, la baja desocupación expresa que las condiciones de empleo son tan malas que no vale la pena buscar uno nuevo ni arriesgar el que actual por pésimo que resulte.

Este excedente de horas disponibles, pero que aún así no se presenta como población desocupada, es descrito por Blanchflower, recupe-

rando la imagen clásica del “ejército de reserva”, como un “ejército de conscriptos involuntarios” (2019: 7). Tal vez más correcto sería afirmar que se trata de la modalidad de la población obrera sobrante denominada estancada, que forma parte del “ejército activo” y que sobrevive sobre una base sumamente irregular de venta de fuerza de trabajo (Marx, 2009: 801).

¿Una anomalía histórica?

En realidad, lo que las estadísticas parecen mostrar es el avance de ciertos fenómenos sobre la población masculina: la bibliografía de referencia sobre el capitalismo en EEUU en la posguerra -cuando ese período aún no había cristalizado conceptualmente como “edad de oro”- abunda en advertencias sobre el crecimiento de la superpoblación entre las mujeres ocupadas en trabajos de comercio y servicios de carácter parcial, ocasional, con ingresos por debajo del nivel de subsistencia o cubiertos por asistencia social, el cual se larvaba bajo las estadísticas generales de una baja desocupación y en un contexto de creciente dificultad de la industria manufacturera para absorber población (Braverman, 1981: 443-461; Baran y Sweezy, 1986: 194-209, y más matizadamente, Mandel, 1979: 177-180). Hacia el final de ese período en 1976, cuando aún el porcentaje de trabajadores a tiempo parcial entre los hombres de 25 a 54 años era sólo un 2,8%, entre las mujeres llegaba a 23,2% (OCDE, 2026). Esas mujeres se habían ido incorporando aceleradamente al mercado laboral durante el período: la inactividad en ese grupo de edad se había reducido vertiginosamente de un 65% en 1948 a 43,2% en 1976 (OIT, 2026). En este sentido, más que una forma novedosa, las estadísticas actuales describen el avance de la superpoblación estancada que ya había comenzado a presentarse varias décadas antes, pero a nuevos grupos de población y bajo otras figuras.

La fascinación con esos “años dorados” también reposa en su comparación con el lapso inmediato anterior. Durante la década de 1930 la tasa de desocupación en EEUU había llegado a superar el 20% (entre 1932 a 1935) y recién en 1941 perforaría el 10%. Sin embargo, los estándares actuales aún no existían: ni la hora mínima de trabajo ni la búsqueda activa ni la semana de referencia, ni siquiera encuestas periódicas sobre mercado de trabajo. Descontando a los trabajadores en programas de empleo público -que hoy serían considerados como ocupados- y en programas de asistencia -una parte de los cuales hoy podrían ser considerados inactivos-, las tasas seguirían por encima de 20% para 1932 y 1933 y se reducirían a 16% y 14,2% en 1934 y 1935 (datos reconstruidos a partir de Darby, 1975). Estas cifras no dejan de resultar impactantes





para nuestros parámetros actuales pero consideremos que durante la crisis de 2009 (que por su alcance usualmente se compara con la de 1929), si bien la desocupación alcanzó un 9,3% –tasa alta, pero que empalidece comparada a los registros de la década del ‘30- el trabajo a tiempo parcial llegó a un 19,5%.

No se trata de disminuir la magnitud del fenómeno en los años treinta, sino más bien destacar algunos de sus rasgos: ese desempleo era alimentado no sólo por la recesión en la industria sino por la expulsión de población desde el campo (actualmente este elemento no tiene incidencia, la población en el agro es cercana al 1% de los ocupados) y con menor posibilidad que hoy de ocuparse en empleos irregulares en servicios urbanos (solo considerando comercio, restaurantes y hoteles, estas ramas representan hoy más del 25%). O tal vez mejor dicho, de quedar comprendidos de esa manera en la estadística oficial. Aún si en ese entonces hubiera estado subsistiendo de un trabajo ocasional o parcial, un obrero que no encontrara trabajo posiblemente se considerara desocupado si se le preguntaba por su ocupación habitual, como acostumbraba a indagar la estadística, sin entrar a pescar una hora de trabajo (para considerarlo ocupado) o la búsqueda activa (sin la cual, habría sido inactivo). Estos criterios recién se consolidarían a fines de la década del cuarenta.

Las circunstancias históricas particulares hacen que en comparación con la actualidad, los cincuentas y en menor medida los sesentas, aparezcan como décadas excepcionales (por su desocupación baja) como también lo fueron los treinta (por su desempleo extremadamente alto). Con certeza cada coyuntura deber ser considerada. El riesgo a evitar es, en todo caso, hacer una historia de las contingencias. En principio, podemos decir que desagotado ya el grueso de la superpoblación latente en el campo, en la posguerra estadounidense se comienza a configurar una superpoblación estancada que tenderá a extenderse hacia fines del siglo XX con los rasgos que hoy la conocemos.

De lo que se trata es de intentar observar como las tendencias (y sus contratendencias) en el desarrollo de un modo productivo se van expresando a través de las circunstancias que las morigeran o las alientan. Pero también a través de las formas estadísticas que cada coyuntura se da para contarlas. Como puede apreciarse, la historia de la superpoblación relativa en el capitalismo ha sido también la historia de las diversas formas en que la burguesía logra en más o en menos barrer su estimación bajo la alfombra de su estadística oficial (cfr. Benanav, 2015).

¿Una anomalía geográfica?

Si nos hemos detenido en EEUU es en parte para destacar que la cuestión de la superpoblación no está determinada precisamente por un inadecuado desarrollo capitalista. A pesar de que se la suele identificar con América Latina, la tesis de la “masa marginal” partía de sostener que ese país era el “que mayor interés presenta para nuestro análisis en la medida en que ilustra la aparición de una masa marginal en el estadio más avanzado del capitalismo monopolístico” (Nun, 2001: 101). Ya a fines de los sesenta citaba referencias a que la noción tradicional de desempleo (¡que llevaba unas pocas décadas entonces!) estaba perdiendo significado. Lo que hoy las ciencias sociales añoran como “años dorados” eran ya motivo de preocupación por el volumen de superpoblación existente.

Esta “masa marginal” era resultado inherente de la fase monopolista del capitalismo (Nun, 2001: 107). Lo particular del caso latinoamericano no era su existencia misma sino que además era agudizada por limitaciones que afectaban el desarrollo del capitalismo en la región. Por un lado, la persistencia de diversas formas de capital comercial que perpetuaban mecanismos pre-capitalistas de fijación de la población a la tierra. Esta preocupación tenía especial sentido entonces, en 1960 cuando en EEUU la población ocupada en el agro era menos del 6%, en América Latina y el Caribe representaba el 48%. Desde entonces fue descendiendo, pero en 2024 todavía era casi el 13% (OIT-ILOSTAT, 2026; Timmer, de Vries & de Vries, 2015). Lo que era especial en términos de despliegue de determinadas tendencias entonces era EEUU. Era efectivamente, uno de los países donde se encontraban más avanzadas. Pero en términos de la situación de la población mundial respecto del capitalismo, buena parte de la superpoblación relativa todavía se acumulaba en forma latente en el campo.

Por otro lado, Nun postula una particular articulación entre capital industrial y monopólico que en Latinoamérica impedía la absorción de población. Aquí la tesis se vuelve oscura porque no explicita el tipo de relación presupuesta entre ambas formas de capital en EEUU. Y tal vez por eso devino en la forma actual en que suele ser entendida: como si la masa marginal fuera un producto particular de un desarrollo regional que no logra una articulación adecuada en su desarrollo capitalista. Sin embargo, la evolución posterior de los ocupados en la industria manufacturera mostró que fue en EEUU donde alcanzó un tope a fines de los setentas para luego avanzar en su repulsión, mientras América Latina continúa absorbiendo durante varias décadas más. Es verdad que, como proporción sobre el total de ocupados, en su máximo no llega a superar los niveles alcanzados en EEUU, pero esto no aparece inmediatamente relacionado

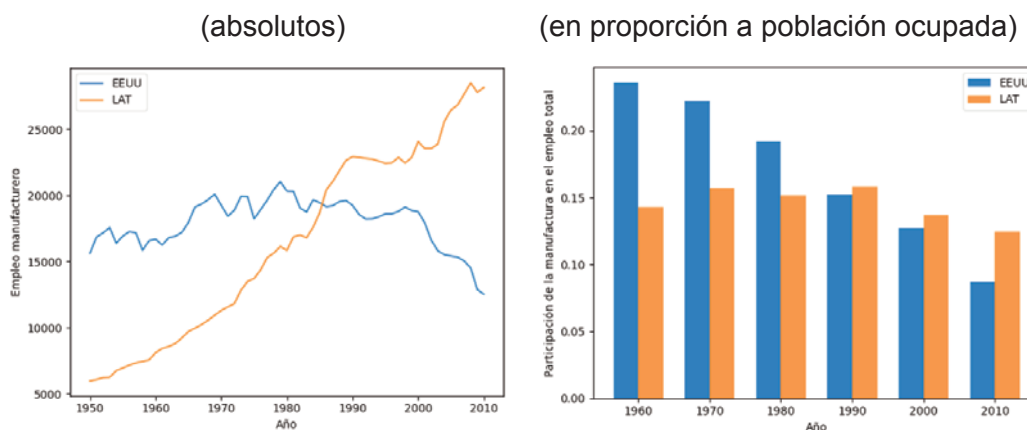




a una creciente dificultad de absorción. Un volumen mayor de población manufacturera puede implicar simplemente un menor desarrollo de la base técnica, la cual incorpora relativamente más ocupados en relación con la masa de medios de producción.

Paradójicamente, las tendencias fueron las contrarias a las esperadas por Nun, la superpoblación del campo se desagotó lenta pero inevitablemente y la industria manufacturera fue incorporando ocupados. Y eso no impidió la formación de una creciente superpoblación estancada en EEUU (con una repulsión abierta) pero tampoco en América Latina (con el trasfondo de una creciente atracción a la industria).

Gráfico III: Ocupados en la industria manufacturera. EEUU y Latinoamérica (ocho países). 1960-2010.



Nota: Latinoamérica incluye Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, México y Perú. Fuente: elaboración propia a partir de Timmer, M. P., de Vries, G. J., & de Vries, K. (2015).

En nuestra región esta superpoblación se manifiesta en gran parte bajo la forma de la llamada informalidad. En 2019, se calculaba que el 46,8% de los ocupados urbanos eran informales. No existen datos comparables para EEUU, aunque el mismo informe indica para América del Norte –que incluye Canadá– un 8,3%, en ambos casos predominantemente en las ramas de servicios (OIT, 2023). Esta diferencia de magnitud suele presentarse para respaldar que el excedente de población obrera es un fenómeno asociado a una forma particular de desarrollo capitalista regional.

Sin embargo, Sassen (2003), tomando precisamente como caso a

EEUU, ha advertido hace ya varias décadas no sólo sobre la generación de una “economía informal” en las grandes ciudades de los países altamente desarrollados como producto necesario del capitalismo avanzado sino también sobre las dificultades para su medición. Aunque no la restringe a los inmigrantes indocumentados, analiza particularmente esta informalidad en su carácter de refugio para esta población, no sólo en ramas de servicios sino industriales (en especial, los *sweatshops*).

Aunque no oficiales, podemos citar hoy estimaciones que señalan que en EEUU los trabajadores indocumentados habrían pasado con oscilaciones desde un 2,7% en 1995 de la población ocupada a 5,6% en 2023. En números absolutos, desde 3,6 millones a 9,7 millones. Se calcula que en algunas ramas representan entre el 7 y el 15% de los ocupados, como en construcción, agricultura, restaurante y hoteles y otros servicios (PEW, 2018 y 2023).

Se trata de cifras decididamente menores a las de América Latina, pero no irrelevantes, si consideramos que hoy superan la proporción de desempleados. Nos indican más bien hasta qué punto el fenómeno desborda las figuras institucionales incluso en países donde las formas de la irregularidad están consagradas legamente y a la vez, donde los instrumentos de la estadística laboral no se ajustan a su medición, precisamente porque asumen como supuesto el registro de la mayor parte de la población ocupada, falencia que señala la misma OIT (2019).

No se trata de entonces de forzar una sobre-estimación del peso de la informalidad, sino de preguntarnos que nos está indicando. Llamativamente, la explicación de Sassen sobre la causa de la generación de este tipo de trabajos en EEUU es muy parecida a la utilizada por Nun para América Latina: capitales que, en su competencia con otros más concentrados, recurren a trabajadores ocupados irregularmente bajo las peores condiciones de vida y de trabajo. Y aunque se distancien conceptualmente de ella, ambos autores reseñan la descripción clásica de la superpoblación estancada.

Desviaciones de la norma

La forma en que hoy se nos presenta (o se nos escapa a la vista) la superpoblación es a través de una serie de irregularidades que permiten caracterizar a una creciente población semi-ocupada, sea que permanezca repelida parte de su jornada o de su semana, estacionalmente o por plazos indeterminados. Estas irregularidades pueden hacerse efecti-





vas, o bien porque los trabajadores son contratados por fuera de las formas legales consideradas tradicionales que desde el punto de vista del capital las impedirían, o bien porque este ya ha logrado consagrar figuras jurídicas que permiten su despliegue (como el trabajo a tiempo parcial, temporario, a demanda, a plazo fijo, eventual, etc.).

Estas irregularidades suelen agruparse conceptualmente bajo dos grandes categorías “informalidad” y “atipicidad”. Sus definiciones son aún discutidas, lo que da lugar a toda una serie de disquisiciones que obstaculizan su cuantificación. Estos debates se asientan en parte en la forma invertida en que aparecen los fenómenos en la medición de la estadística oficial: así como la población relativamente sobrante se presenta como “ocupada” porque trabajó al menos una hora semanal, quienes quedan estancados en una situación miserable pueden aparecer como “ocupados permanentes”, quienes prolongan su jornada para llegar a un ingreso mínimo, “a tiempo completo”, y quienes subsisten mediante un rebusque endeble porque no pueden vivir de manera autónoma, como “trabajadores por cuenta propia”. Los indicadores de continuidad regular en la venta de la fuerza de trabajo pueden trastocarse así para encubrir la persistencia en la condición de excedente y los de propiedad sobre medios de vida y de trabajo, la condición misma de expropiación. El reciente informe de OIT (2023) ya citado muestra esta variante de combinaciones: un 46,6% de los ocupados informales en el mundo en 2019 era considerado como trabajador por cuenta propia, y entre los asalariados informales, un 15,1% era “permanente a tiempo completo”.

El mismo informe también nos da cuenta de que la cuestión no se agota en la informalidad. En los países de altos ingresos, el 39,4% de los asalariados formales, o bien trabajan a tiempo parcial, o bien en forma temporaria, cuando no en ambas. Su conceptualización como empleo “atípico” deviene de que ocurre bajo condiciones legales que se apartan de las consideradas como norma: trabajo asalariado con contrato a plazo indefinido, a tiempo completo y con determinados derechos asociados, como el acceso a seguridad social. Se trata de un parámetro también delimitado arbitrariamente y que la misma OIT reconoce que no existe ningún cuerpo legal que lo explicita (OIT, 2016: 11). Sin embargo, en relación con ese parámetro se caracterizan una serie de fenómenos que escapan a su medida, sea porque quedan por fuera de esa norma, sea porque la propia norma es desvirtuada para que ingresen en ella elementos considerados ajenos.

Pero así como el análisis del desarrollo del capitalismo como modo de producción nos exige una lectura del movimiento de la superpoblación relativa que no la reduzca ni a una sucesión de excepciones histó-

ricas ni de variantes anómalas regionales, tampoco puede subsumirse a los diferentes estatutos jurídicos y estadísticos con la que aparezca.

Desvío o descomposición

Ninguna formación social se presenta ante sí misma como transitoria y por eso difícilmente asume conscientemente sus propios límites. Este principio aparece hoy relegado del análisis, e incluso el programa teórico dominante en las ciencias sociales se suele construir desde la imagen de que el capitalismo ha demostrado ser capaz de superar todas sus crisis, y por ende, ser incólume a ellas.

Para los modos productivos previos, los fenómenos que producen su decadencia se presentan en un primer momento, o bien como ampliaciones relativamente inofensivas o bien como excesos eventualmente corregibles, pero compatibles con los fundamentos del propio modo de producción (Marx, 1995: 83, 91-93). Podemos bien preguntarnos si este es el caso de las informalidades y atipicidades que las ciencias sociales se preocupan por detectar hoy.

Los fenómenos asociados a lo informal exceden la norma mientras que los vinculados con lo atípico intentan ampliarla para contenerlos. Ambos, apartados de la regulación y el estándar esperado, aún cuando ya más generaciones han vivido con esas condiciones como parte del paisaje de lo existente que las que supuestamente habrían vivido sin ellas en la llamada edad de oro. El problema es si basta con tratarlos como una simple deformación de lo previo, por lo cual, bastaría la simple domesticación del capital para volverlo a regla, o si por el contrario, las propias condiciones bajo las cuales esa regla se consideraba impuesta ya han desaparecido.

“A partir de siglo XX se ha creado un contexto tremendamente original que hace a la expansión de la crisis del capitalismo”, pero que, entre dos grandes alternativas, por sobre “el desarrollo de las contradicciones que le ponen un límite para dar lugar al nacimiento de una nueva formación social”, lo que se ha impuesto es “la aceleración a un nivel inverosímil de las características de la propia formación social capitalista” (Marín, 1995: 102). Este nivel “inverosímil” es el que parece desbordar la estadística bajo formas “atípicas” o “informales”, no ajustadas al parámetro que ellas mismas establecieron más o menos arbitrariamente como “típico” para el capitalismo y que se corresponden, a lo sumo, con un marco muy acotado temporal, geográfica y socialmente. Su carácter relativamente inasible parece resultar de que son asumidas como si no fueran





algo propio del devenir capitalista, sino un apartamiento respecto de sus propias reglas. Este marco de reglas idealizado está construido sobre la negación de las contradicciones que imponen un límite al modo productivo del capital para dar lugar a otro. Y esta obturación del análisis no es sino una más de las formas de nuestro propio desarme teórico.

Tal vez la noción de “expansión de la crisis del capitalismo” sea demasiado amplia y se pueda precisar aún más. Sabemos por un lado que todo modo productivo sigue una trayectoria que comienza con su génesis, continua en su formación y desarrollo, y eventualmente conduce a su descomposición. Esta trayectoria en el modo de producción capitalista se ordena en torno de la ley general de la acumulación capitalista, con su resultante de una tendencial generación de una creciente superpoblación relativa. Lo que nos trae el siglo XXI como novedad es la abrumadora presencia de su modalidad estancada en todas las regiones del mundo.

La estadística ha intentado desarrollar categorías que son desbordadas por esta superpoblación. Ese desborde ocurre en parte porque lo que el capital va destruyendo es el marco mismo según el cual el ordenamiento supuesto de la sociedad reserva para cada individuo un lugar en la división social del trabajo y por ende una ocupación para cada cual. Una idea de orden más cercana a la romantización del dominio del capital industrial que de la realidad del dominio del capital financiero.

No se trata entonces simplemente de incorporar en la medición de la “realidad rebelde” del momento objetivo el conteo de la magnitud de las informales y atípicos y sus altibajos junto con las restantes categorías existentes, sino de analizar este cambio de orden en el plano de las relaciones que se van imponiendo materialmente. El orden social ha sido alterado y tan victoriosamente que sólo concebimos acomodar las nuevas relaciones en la idealización de las relaciones caducas. La lectura de la ruptura de esas relaciones no puede ser realizada desde la ortopedia institucional en la que se la ha encerrado.

Esta consolidación de la superpoblación debe ser leída en términos de lo que ocurre en el momento objetivo de la relación de fuerzas. La destrucción de relaciones que tiende a imponer el capital continúa avanzando sobre la unidad entre productor, medios de trabajo y medios de vida, es decir, continúa creando proletarios. Pero lo propio de la actual etapa parece ser la disrupción de la posibilidad de encuentro del trabajador ya expropiado con sus medios de vida y de trabajo bajo la realización de la venta de su fuerza de trabajo. Sobre la irregularidad e intermitencia con la que se produce la atracción hacia el capital de esta población repelida se difunden nuevas relaciones en que la acumulación de capital articula cuerpos y cosas.



Consideremos los siguientes datos. En 2023, entre la población “vulnerable”, el porcentaje que recibía algún tipo de asistencia social en efectivo era del 37,3% y había ascendido desde un 26,7% en 2015. A mayor desarrollo capitalista, mayor presencia de estas prestaciones: en los países de altos ingresos llegaba a un 76,3% (OIT, 2024). A la par, el porcentaje de personas de 15 años o más que poseen una cuenta en una institución financiera o en un servicio de dinero móvil, en todo el mundo pasó de 51% a 79% entre 2011 y 2024. Entre el 40% más pobre de la población estos porcentajes pasaron del 41% al 72% (Banco Mundial, 2025). Estas cifras ya permiten vislumbrar cómo el acceso irregular a medios de vida y de trabajo debe ser complementado, en el mejor de los casos, mediante subsidio público o crédito privado. Y en el peor de los casos, ninguno de ellos.

Se sobreimprime y extiende a la condición de sobrante, la de endeudado y de pobre oficial (Soederbeg, 2012, lo describe como una “industria de la pobreza”). Bajo estas relaciones es entendible que el programa de la burguesía oscile entre la siempre recurrente insistencia en la austeridad sobre las condiciones de existencia del proletariado y un eventual reconocimiento generalizado del pauperismo oficial bajo la forma de un ingreso social, alternativas siempre atravesadas por la presentación de la inclusión financiera como un derecho universal.

Este programa no puede realizarse sino a través del despliegue, en el momento objetivo de las relaciones de fuerza, de una serie de ataques constantes que vulneran y rompen una determinada forma de relación entre cuerpos y cosas, a la par que produce otras formas de articulación. La novedad no es el crédito ni el subsidio en sí mismos, sino el grado en que se expanden sobre el proletariado como forma de acceso a sus condiciones de existencia, en la medida que la población obrera sobrante va creciendo. Intermitencia, asistencia y deuda son las relaciones sobre la cual se construye la subsistencia de buena parte del proletariado. Solo su análisis podrá indicarnos hasta qué punto se ha atravesado el umbral en que la burguesía “ha dejado de garantizar a sus esclavos su existencia, ni aun dentro de su esclavitud” y se ve “forzada en mantenerles, cuando ellos deberían mantenerla” (Marx y Engels, 1994: 14).

Referencias

Baran, P., & Sweezy, P. (1968). *El capital monopolista*. México, D. F.: Siglo XXI.

Banco Mundial (2025). *Global FindexDatabase 2025: Conectividad e inclusión financiera en la economía digital*. Washington, DC: Banco Mundial. <https://www.worldbank.org/en/publication/globalfindex>



Benanav, A. S. (2015). *A global history of unemployment: Surplus populations in the world economy, 1949–2010* (Tesis doctoral). Los Angeles: University of California.

Blanchflower, D. (2019). *Not working: Where have all the good jobs gone?* Princeton, NJ: Princeton University Press.

Darby, M. R. (1975). *Three-and-a-half million U.S. employees have been mislaid* (NBER Working Paper No. 88). Cambridge, MA: National Bureau of Economic Research. https://www.nber.org/system/files/working_papers/w0088/w0088.pdf

Gramsci, A. (1997). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.

ILOSTAT. (2026). *Data Explorer*. Recuperado el 27 de febrero de 2026 de <https://rshiny.ilo.org/dataexplorer45/>

Mandel, E. (1979). *El capitalismo tardío*. México, D. F.: Era.

Marín, J. C. (1984). *Los hechos armados. Un ejercicio posible*. Buenos Aires: CICSo.

_____ (1995). *Conversaciones sobre el poder (una experiencia colectiva)*. Buenos Aires: Ediciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.

_____ (1992). *Cuaderno 8*. Buenos Aires: PICASO.

Marx, K. (1995). *Formaciones económicas precapitalistas*. México, D. F.: Siglo XXI.

_____ (1997). *Grundrisse* (Vol. 2). México, D. F.: Siglo XXI.

_____ (2009). *El capital* (Vol. III). México, D. F.: Siglo XXI.

Marx, K., & Engels, F. (1994). *Manifiesto del Partido Comunista*. Buenos Aires: CEA.

Nun, J. (2001). *Marginalidad y exclusión social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Organización Internacional del Trabajo. (2016). *El empleo no estándar en el mundo: Comprender los desafíos, forjar el futuro*. Ginebra: OIT.

_____ (2016). *Indicadores clave del mercado de trabajo* (9.ª ed.). Ginebra: OIT. https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/-stat/documents/publication/wcms_498929.pdf

_____ (2019). *Issues to be addressed in the revision of the standards for statistics on informality*. Ginebra: OIT. https://webapps.ilo.org/ilo-stat-files/Documents/Informality_WGmeeting1_discussion_paper.pdf

_____ (2023). *Women and men in the informal economy: A statistical update*. Ginebra: OIT. https://www.ilo.org/sites/default/files/wcmsp5/groups/public/%40ed_protect/%40protrav/%40travail/documents/publication/wcms_869188.pdf

_____ (2024). *Informe mundial sobre la protección social 2024–2026: Protección social universal para la acción climática y una transición justa*. Ginebra: OIT. https://www.ilo.org/sites/default/files/2024-09/WSPR_2024_EN_WEB_1.pdf

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. (2026). *OECD Data Explorer*. Recuperado el 29 de enero de 2026 de <https://data-explorer.oecd.org/>

Pew Research Center. (2018, 27 de noviembre). *U.S. unauthorized-immigrant total dips to lowest level in a decade*. <https://www.pewresearch.org/race-and-ethnicity/2018/11/27/u-s-unauthorized-immigrant-total-dips-to-lowest-level-in-a-decade/>

_____ (2025, 21 de agosto). *U.S. unauthorized immigrant population reached a record 14 million in 2023*. <https://www.pewresearch.org/race-and-ethnicity/2025/08/21/u-s-unauthorized-immigrant-population-reached-a-record-14-million-in-2023/>

Sassen, S. (2003). *Los espectros de la globalización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Soederberg, S. (2014). *Debtfare states and the poverty industry: Money, discipline and the surplus population*. Londres y Nueva York: Routledge.

Timmer, M. P., de Vries, G. J., & de Vries, K. (2015). Patterns of structural change in developing countries. En J. Weiss & M. Tribe (Eds.), *Routledge handbook of industry and development* (pp. 65–83). Londres: Routledge.

